



Reseñas

Teoría y práctica de la sistematización de experiencias

Arizaldo Carvajal Burbano, Cali (Colombia), Universidad del Valle, 2021

IVÁN DARÍO MORENO-ACERO*

La investigación es un proceso reflexivo, un ejercicio estructurado de indagación por medio del cual se problematiza nuestra realidad humana, social, material, física, biológica, cultural, etc. También puede ser un ejercicio crítico de deconstrucción y reconstrucción de los aspectos que componen dichas realidades, de los factores que las condicionan y las hacen posibles. Cuando se investiga se cuestiona el significado y el sentido aparente de los fenómenos de nuestro interés; por ello, se amplían las fronteras del conocimiento, se refutan y anulan los saberes preestablecidos, se actualizan los datos y los conceptos o, simplemente, se confirman las hipótesis planteadas en otros tiempos y lugares.

Las técnicas y los procedimientos para cuestionar la realidad y comprender los procesos humanos y sociales son diversos y dependen del interés del investigador, de la manera en que confluyen coherentemente en su práctica investigativa sus realidades económicas, políticas o religiosas. Son técnicas y procedimientos que están condicionados por el componente epistémico elegido para soportar el desarrollo de la investigación: el paradigma, el enfoque y el método; así como el contexto y pobla-

eLocation: e61786

 <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2025.47.61786>

* Profesor-investigador del Instituto de la Familia de la Universidad de La Sabana (Colombia). Doctor en Estudios Sociales. CE: ivanma@unisabana.edu.co

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1308-6184>

ción participante, los instrumentos y técnicas de análisis y la manera en que los investigadores quieren comprobar su hipótesis de trabajo. Lo cierto es que la investigación se origina en la curiosidad y capacidad de los investigadores para responder satisfactoriamente una pregunta personal, algo que les impele y puede ser de interés para otros, ya sea una comunidad científica o académica, o algún grupo social.

Una de las técnicas de investigación que sirve para reflexionar sobre la realidad desde la praxis transformativa de las comunidades es la sistematización de experiencias. Se trata de una herramienta diseñada para cuestionar reflexivamente las prácticas sociales intencionadas, los procesos culturales y políticos que tuvieron como objetivo claro encontrar soluciones a un problema o el esfuerzo de los investigadores por crear e implementar un programa o una estrategia para mejorar la vida diaria de las comunidades a partir de la solución activa de un problema. La sistematización de experiencias es una técnica cualitativa dialéctica y dialógica, propia de paradigmas sociocríticos, que sirve para teorizar, recodificar, mejorar y reflexionar la puesta en práctica de un programa, un proyecto o estrategia cuyo fin es la transformación positiva de una determinada realidad o situación social que ha afectado la vida de una comunidad; también es útil para ver y comprender los alcances del hacer de uno o varios sujetos. Si se reflexiona un poco sobre esta estrategia se puede descubrir que es un encuadre ético y epistemológico a través del cual se explican las razones que originaron, determinaron y condujeron al cumplimiento de una praxis determinada.

El libro *Teoría y práctica de la sistematización de experiencias* comienza explicando que la sistematización de experiencias también es una estrategia de producción de conocimiento y de teorización de la práctica vivida, pero, dirá el autor, “es un conocimiento que tiene una utilidad práctica: reflexionar sobre nuestras experiencias para mejorarlas y que otros aprendan de estos procesos” (p. 14). A lo largo de siete capítulos se explica qué es la sistematización de experiencias, por qué es importante, cuáles son sus componentes teóricos y metodológicos, cómo se presenta el resultado de una sistematización de experiencias, cuáles son sus criterios éticos y estéticos y, finalmente, cómo se relaciona con un campo específico de los estudios sociales, como el trabajo social. Son siete capítulos que dan como resultado un manual metodológico para el diseño y presentación de una sistematización de experiencias, pero se trata de un manual abierto que aconseja y guía desde distintos referentes teóricos acerca de cómo, por qué, para qué y qué debe hacerse.

En el primer capítulo se explora y propone la definición del concepto sistematización de experiencias. Para ello se recurre a las distintas acepciones y desarrollos teóricos que se han realizado en Latinoamérica. Comienza con la definición más básica e instrumental en la que se reconoce como un proceso de organización y clasificación de datos que se estructuran de manera precisa en

categorías y relaciones, hasta aquélla en la que se establece que es un esfuerzo conjunto de evaluación crítica de la experiencia realizada entre investigadores y la comunidad involucrada para teorizar la práctica vivida y producir conocimiento experiencial; un mecanismo dialógico reflexivo para interpretar y atribuir sentido a la praxis social y a los elementos involucrados en ella, por ejemplo, los aciertos, errores y resultados, con el fin de que, a partir de la comunicación de sus conclusiones, pueda contribuir al mejoramiento de otras prácticas sociales.

El autor señala varias características de las definiciones sobre la sistematización de experiencias en el primer capítulo: “proceso teórico; proceso de reflexión; proceso de conocimiento; conceptuar; interpretación/explicación de la experiencia; método; construcción de estrategias operativas; orientar otras experiencias; comunicar la experiencia” (p. 21). También se añade que es una recuperación del saber, una forma de organizar la experiencia y comunicarla, un proceso de teorización, una evaluación de las prácticas sociales y su mejoramiento. Un acierto del autor es plantear lo que no puede ser considerado como sistematización de experiencias: narrar la experiencia, describir procesos, categorizar o clasificar la experiencia, ordenar y tabular la información de la experiencia o hacer una disertación teórica; en estos casos se trata de procesos aislados, sin profundidad crítica ni reflexiva. Un vacío de este capítulo está en la ausencia de autores y, por ende, definiciones europeas, norteamericanas y asiáticas, entre otras; aunque esto no le resta valor al trabajo, sí reduce su amplitud y alcance global.

En el segundo capítulo el autor reafirma la importancia de la sistematización de experiencias para los científicos sociales o para quienes se desempeñan en el campo del trabajo social. De acuerdo a los argumentos presentados, esto es importante para comprender y, sobre todo, mejorar las propias prácticas; para comunicar y enseñar a otros los procesos construidos, sus logros y dificultades —así como aquéllos que quedaron por cumplir— para evitar el activismo y promover un ejercicio de reflexión crítica; y, finalmente, para enriquecer la teoría, esto es, para ampliar los saberes y enriquecer, desde la misma praxis cotidiana, los conceptos e hipótesis que se han planteado sobre la sociedad, los problemas sociales o las formas de abordar y solucionar dichas problemáticas.

Algunos aspectos importantes a resaltar, y que el autor nos recuerda, son, por ejemplo, que la sistematización de experiencias sirve para “objetivar lo vivido... poner en orden conocimientos desordenados y percepciones dispersas... identificar las tensiones entre proyecto-proceso: cambios, opciones, factores decisivos... construir el sentido... construir capacidades y transformar las relaciones de poder” (p. 26). Todo esto indica que es un proceso teórico-práctico con alcances personales, sociales y comunitarios, científicos, políticos y pedagógicos, que nace de un interés conjunto de indagación, pero que toma forma en un producto tangible que se socializa y presenta a otros con el fin de comunicar y enseñar, de mostrar y guiar otros procesos. Una pa-

labra que podría resumir la importancia de la sistematización de experiencias —y que es mencionada por el autor— es apropiación: tomar para sí u otros y dotar de sentido. Cuando sistematizamos nos apropiamos objetivamente de la realidad, de la práctica realizada, y la dotamos reflexivamente de sentido.

En el tercer capítulo se plantean las cuestiones teórico-metodológicas sobre las que se soporta la sistematización de experiencias. Lo primero que se aclara en este caso es que el paradigma que ampara esta metodología es uno crítico social, dialógico-emergente y alternativo, que facilita la comprensión de la realidad a partir de la experiencia de los sujetos, de sus formas de sentir, pensar o actuar; de la interacción dinámica, dialógica, dialéctica, creativa e intersubjetiva entre los agentes de la investigación. Lo segundo, es que a este paradigma lo debe acompañar un enfoque cualitativo que se preste para recuperar, analizar y comprender experiencialmente el mundo, desde la voz de los diversos agentes que intervienen en alguno de los momentos de un proyecto o proceso. Es un enfoque que promueve un acercamiento crítico y transformador de la realidad social que no se limita a mostrar el estado de los fenómenos, sino que se atreve a sugerir cambios o posibilidades de mundo. En tercer lugar, se define y especifica que una sistematización no es un proyecto, una investigación, una evaluación o un monitoreo, ya que, como dirá el autor, la sistematización

...siempre tendrá que poner el acento en la interpretación crítica del proceso vivido. No se fijará tanto en los resultados como la evaluación, ni pretenderá abordar cualquier temática o problemática como la investigación. Si bien ayudará a dar seguimiento a la experiencia, no es en sí misma un mecanismo de monitoreo, sino un aporte crítico al mismo (p. 38).

En cuarto lugar, se especifica que en la sistematización la teoría se confronta con la realidad, pues es fundamental cuestionar las versiones de mundo que se han formulado *a priori*, con el fin de crear conceptos mucho más amplios y sensibles, dolientes o sintientes. En quinto lugar, se aclara que la sistematización de experiencias es también producción de conocimiento, ya que, como estrategia de investigación, no sólo sirve para acopiar datos vívidos cualitativos y cuantitativos, sino también para analizarlos, para confrontarlos con los antecedentes teóricos y empíricos, así como para emplear los resultados a fin de transformar la práctica y la realidad social. Sistematizar es un proceso, como ya se ha dicho, de objetivación, pero, a su vez, de abstracción teórica crítica y, por ende, de desarrollo conceptual: “la abstracción tiene el poder de reconstruir en esencia, en el caso de lo social, los problemas y procesos sociales, y de conducir la transformación o alteración del curso de los procesos” (p. 43). Como sexto, séptimo, octavo y noveno punto, se explica algo ya señalado: el principio de la sistematización es la propia experiencia, la propia práctica o la de un grupo social específico que se analiza y cuestiona, que se estudia a la luz de otras voces y horizontes de comprensión.

Finalmente, en este capítulo el autor realiza dos aclaraciones: la primera es que las categorías de análisis son un componente valioso de la sistematización, pues es alrededor de éstas que se construyen y analizan los datos: “las categorías se entienden como ordenadores epistemológicos, campos de agrupación temática, supuestos implícitos en el problema y recursos analíticos... como unidades significativas dan sentido a los datos y permiten reducirlos, compararlos y relacionarlos” (p. 52). El proceso de categorización es un mecanismo de la investigación cualitativa para ordenar (categorización cerrada) y permitir que emerjan de las interacciones nuevas categorías y significados (categorización abierta y emergente). La segunda aclaración es que quienes sistematizan pueden ser aquéllos que han estado involucrados en la experiencia o un agente externo que se vincula a los internos y es capaz de dotar de sentido —colaborativamente— a la realidad.

En el cuarto capítulo se exponen los aspectos metodológicos y queda demostrado que no hay un único modelo o estrategia metodológica para sistematizar una experiencia; el modelo ideal dependerá, entre muchas cuestiones, del dominio metodológico cualitativo acumulado, de la experiencia, del interés, de las fuentes epistémicas que se consulten y de las orientaciones políticas y éticas de cada investigador, aunque en las conclusiones del libro se decantará por una ruta puntual. Lo que no varía en este proceso es el registro y recopilación de datos por medio del uso de distintos instrumentos cualitativos como, por ejemplo, diarios de campo, fichas temáticas, registros visuales y audiovisuales, entrevistas, diálogos solidarios, evaluaciones, relatorías, memorias, informes, cartografías, historias de vida, etc. En el libro no se mencionan los aspectos relacionados con los paradigmas o estrategias de análisis de datos o el uso de algún *software* especializado para este fin.

En los capítulos quinto, sexto y séptimo se explican algunos aspectos formales de un informe de sistematización de experiencias. Se señala la importancia de garantizar la calidad de la escritura, con el fin de comunicar asertivamente a otros investigadores o actores sociales el resultado de la reflexión crítica sobre la praxis. También se profundiza, de modo novedoso, en la ética de este proceso, pues es una estrategia que involucra, ante todo en el trabajo social, reconocer e incorporar —a una versión de mundo amplia— meta-relatos plenos de significado y sentido. Por otra parte, se especifica la estructura que podría tener dicho informe y en la cual deben estar presentes varios componentes: un resumen que diga por qué y para qué se sistematizó la experiencia, cuáles fueron los objetivos y las preguntas eje; un componente teórico en el que sobresalgan los principales referentes que ayudaron a guiar y alimentar la reflexión; uno metodológico en el que se exponga y explique la ruta y los aspectos técnicos que guiaron todo el proceso; uno contextual profundo y estructurado, esto es, una explicación desde distintas voces y sentires sobre las condiciones de tiempo y lugar que antecedieron y determinaron

la experiencia sistematizada; un componente comprensivo-explicativo de la experiencia implementada o estudiada; uno analítico-crítico de la experiencia, reflexivo-prospectivo; un componente de evaluación de la experiencia; y, finalmente, uno de conclusiones y recomendaciones.

Para cerrar esta breve reseña cabe subrayar que, en este libro, la sistematización de experiencias se presenta como una estrategia, primero, de indagación, y luego, de investigación participativa, en donde, a partir de procedimientos cualitativos y dialógicos de recolección de las distintas manifestaciones y aproximaciones de un fenómeno y sus componentes, de paradigmas hermenéuticos de codificación e interpretación comprensiva de datos, se logra objetivar la realidad de una praxis social específica, con el fin de reinterpretarla y transformarla; y, ante todo, con el propósito de ampliar los horizontes conceptuales de comprensión por medio de la incorporación de datos experienciales-vívidos. El mensaje es que se puede cuestionar reflexivamente una práctica particular o cualquier práctica social con el propósito de dotarla de sentido y mejorarla; un hacer (praxis, proyecto, programa, iniciativa pública o privada, longitudinal o transversal) cuya finalidad sea generar un impacto tangible y duradero en un contexto social e histórico específico. Muchas veces se afirma, a lo largo de la obra, que sistematizar una experiencia no es hacer un resumen de los hechos y procesos, ni sólo volcar la experiencia personal a un texto; es un proceso dialéctico que involucra entablar diálogos y ver el problema-hecho social desde distintas voces, roles y enfoques teóricos, con el fin de mostrar a otros los alcances y limitaciones de la praxis, pero también con el de entender cómo fortalecer lo ya construido y darle vigencia y continuidad en el tiempo.